



El pelotari de Tricio Títin III devuelve la pelota al frontis dibujando un escorzo. Díaz Uriel (Diario La Rioja)



Cartel alegórico del Torneo Interpueblos. Fundación Caja Rioja

DE ADÁN Y EVA A TITÍN III

Texto: MARCELINO IZQUIERDO VOZMEDIANO

Imágenes: MUSEO DEL PRADO, DIARIO LA RIOJA,
FUNDACIÓN CAJA RIOJA Y CADENA SER

El Torneo Fundación Caja Rioja de pelota conmemora su 50 aniversario, medio siglo de historia, de orgullo y de fraternidad alrededor del deporte regional por tradición y cultura.

El frontón estalló de júbilo cuando Gumersindo Medrano, alias el Pibe, alcanzó el cartón veintidós con un gancho de izquierda, que golpeó con violencia un palmo por encima de la chapa y botó junto a la raya, sin que el rival pudiera alcanzarla. El pelotari alzó sus brazos al cielo, el rostro empapado y feliz, y gozó cuando los aficionados le auparon a hombros, paseándole en volandas por toda la cancha.

—¡Pibe, eres la hostia! —Jaleó un mocetón, vestido de peñista, con un humeante puro pegado a los labios.

Así comienzan las primeras líneas de mi novela 'Pelotari' (2009). Prologada por Augusto Ibáñez Sacristán, cuando el 'caracolero' estaba en la cima de su carrera, el propio Titín III había disputado, décadas antes, el Torneo Fundación Caja Rioja, del que el pasado 22 de mayo se conmemoró en Riojaforum su 50 aniversario. Hablemos de historia, cultura y literatura alrededor del deporte riojano por tradición.

MUY DE ATRÁS VIENE LA PELOTA

Aseguran historiadores, eruditos y expertos que la pelota de cuero fue inventada por los chinos, allá por el siglo IV antes de Cristo. Parece ser que uno de los cinco grandes mandatarios de la China antigua, Fu-Hi era

su nombre, apelmazó un manojo de raíces endurecidas hasta amalgamar un bulto casi esférico, que recubrió con tiras de piel de animal sin curtir. ¿Y qué hizo el ingenioso emperador con el simpático artefacto? Simplemente pasar la bola de mano en mano, descubriendo de esta manera un juego más enfocado al entretenimiento que a la destreza o a la competición. Los desafíos y los campeonatos a los que ahora estamos tan acostumbrados aún deberían aguardar bastantes siglos para ver la luz.

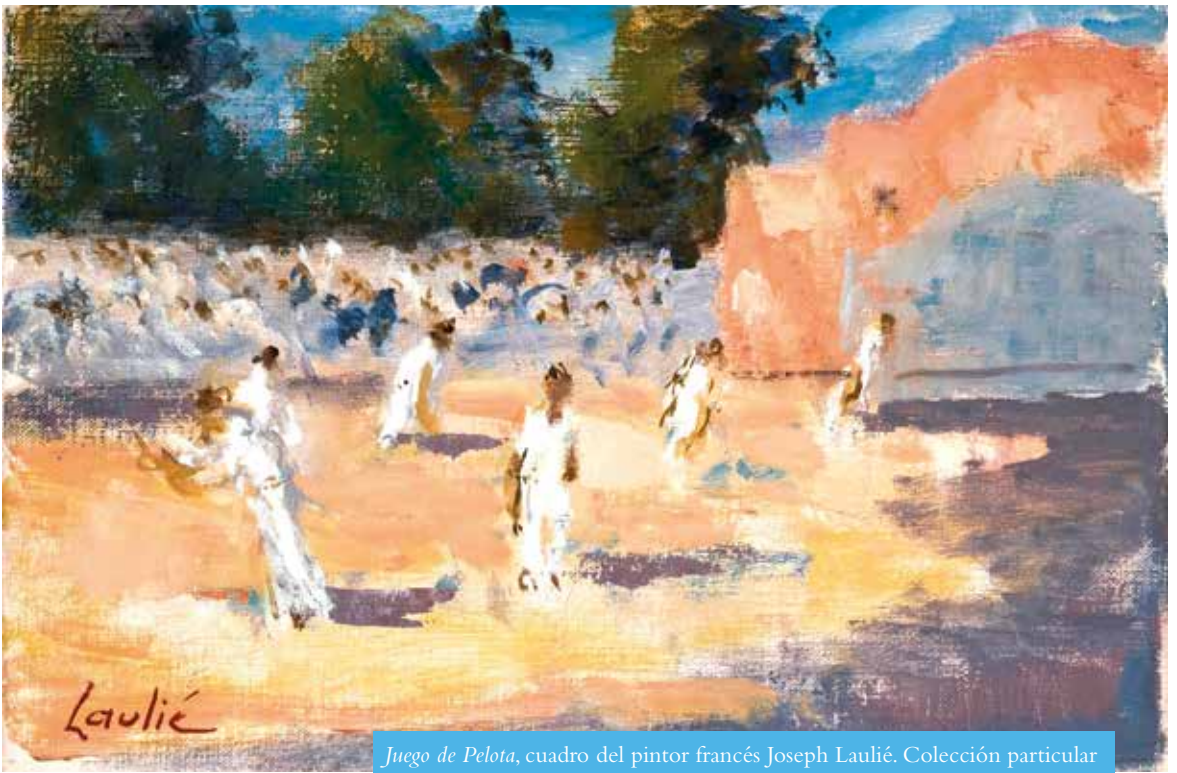
Quizá corresponda al pueblo griego la conversión de la pelota en un deporte, que practicaba, sin ir más lejos, el rey macedonio Alejandro Magno. Por cierto, no debía hacerlo nada mal. En la Roma clásica, el pasatiempo de la pelota ya estaba recomendado por los galenos del Foro como un ejercicio absolutamente aconsejable para la buena salud de niños, jóvenes, adultos e, incluso, ancianos, sin distinguir ni su condición ni su estatus social. De hecho, nacieron en la Península Itálica las primeras sociedades y federaciones pelotísticas que organizaban incruentas batallas en torno al juego.

Fueron los legionarios que recorrían el Viejo Continente quienes se encargaron de extender y de divulgar la afición por este deporte entre el Imperio Romano, incluida nuestra Península Ibérica, encandilados todos por los vuelos y cabriolas que describía la pelota, según fuera golpeada de un modo u otro. “¡¡Parece tener vida propia!!”, exclamaban, asombrados, jugadores y espectadores.

También se remontan a tiempos de antaño las primeras pelotas que varias culturas americanas fabricaron a base de caucho y de látex. Olmecas, aztecas, mayas, toltecas o incas se divertían con aquellos artilugios, que rebotaban con mayor viveza y des-

A lo largo de la Edad Media y del Renacimiento, el juego de la pelota cuajó con fuerza en todos los ámbitos de la sociedad europea, bajo el apelativo francés de *jeu de paume*.





Juego de Pelota, cuadro del pintor francés Joseph Laulié. Colección particular

control que los empleados en Europa, Asia o África. Pero, claro, como Cristóbal Colón aún no había puesto sus pies en el Nuevo Continente ...

Se trataba de un pasatiempo cada vez más sofisticado, bien usando cualquier parte del cuerpo humano (manos, cabeza, brazos, rodillas, muslos...), bien esgrimiendo nuevas herramientas que fueron ampliando las variedades del deporte. Raquetas, guantes, palas macizas, palas con red eran habituales entre la nobleza del siglo XVI español, al tiempo que el pueblo llano disputaba sus envites golpeando la esfera con la palma de la mano y una maroma colgada a cierta altura, a modo de red, que separaba los campos de los dos equipos contendientes.

En Logroño, la rúa de la Herventia, actual calle Portales, era el rincón favorito para que los aficionados disputaran sus duelos. ¿Que si ya existían por aquel entonces las apuestas? Por descontado; eso sí, siempre que el clero, el arcediano de la ciudad o el obispo de la diócesis no se enteraran de los enjuagues o bien dieran su bendición con momio bajo manga, claro.

Cuentan las crónicas que Felipe I de Castilla, más conocido como Felipe el Hermoso, había jugado

en Burgos un partido de pelota el 16 de septiembre de 1506, domingo por más señas. Todo sudado, quiso el rey refrescarse tras la ajetreada refriega y con tal ímpetu agua fría ingirió, que los humores de la flema lo llevaron a la tumba. A sus 28 años, el monarca nacido en Brujas dejó a su esposa, la reina Juana, envidada y loca. En realidad, todo parece apuntar a que no fueron ni el sudor ni el refrigerio los que mataron a Felipe I, sino cierto tósigo administrado por su suegro, Fernando el Católico, quien después encerró a su hija de por vida en Tordesillas. Encerrada de por vida, fue entre aquellos muros donde Juana I extravió la cordura y no antes.

ADÁN Y EVA TUVIERON LA CULPA

Pero antes de alcanzar los siglos XIX, XX y XXI, épocas doradas de la pelota en España y en La Rioja, parece pertinente hacer un inciso, un inciso nada trivial y que da un giro de 180 grados al rumbo de la historia de este deporte.

En realidad, los primeros jugadores de pelota que la humanidad conoció fueron, ni más ni menos, que Adán y Eva... Sí, sí, Adán y Eva, pasándose la una



Adán y Eva (1507), óleo de Alberto Durero. Museo del Prado



al otro y el otro a la una, la manzana de la discordia, el fruto prohibido del Paraíso Terrenal. De esta manera tan campechana, bíblica y apegada a las tradiciones de hace más de 130 años, lo argumentaba Antonio Peña y Goñi, compositor, musicólogo, crítico taurino y divulgador, en su libro *La pelota y los pelotaris* (1892):

Las disquisiciones históricas me llevarían probablemente a averiguar que los primeros jugadores de pelota fueron Adán y Eva, y la primera cancha abierta, el Paraíso. Jugaron mano a mano los dos con la famosa manzana; perdió el partido Adán, y perdimos cuantos por él habíamos hecho travesía (o apuesta) dando momio. El resultado fue condenarnos a ganar el pan con el sudor de nuestro rostro, mientras Eva quedaba sentenciada a parir con dolor.

DEL SIGLO DE ORO A LA ILUSTRACIÓN

Si avanzamos al Siglo de Oro de la cultura nacional, el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca refleja bien en una de sus obras maestras, *El alcal-*

de de Zalamea, la cotidianeidad del juego de la pelota en la España de Cervantes y Velázquez, de Nebrija y el Greco, de Lope de Vega y Zurbarán, de Quevedo y Murillo... o, arrimando el ascua a nuestra chuletila riojana, de Esteban Manuel de Villegas y Juan Fernández de Navarrete, Navarrete el Mudo.

En *El alcalde de Zalamea*, Calderón narra con maestría cómo Pedro Crespo, protagonista de este drama de honor, barrunta su preocupación por la inminente cosecha. Su hijo Juan le confiesa que ha jugado a la pelota aquella misma tarde y que ha perdido todos los partidos. Por esa razón le pide dinero a su padre, agricultor y primer edil de Zalamea de la Serena.

—Juan: No sé cómo / decirlo sin enojarte.
/ A la pelota he jugado / dos partidos esta tarde, / y entrambos los he perdido.

—A lo que Crespo responde: Haces bien,
si los pagaste. / No los pagué que no tuve /



Partido del Torneo Fundación Caja Rioja, en el frontón Tenorio de Ezcaray (1984). Diario La Rioja

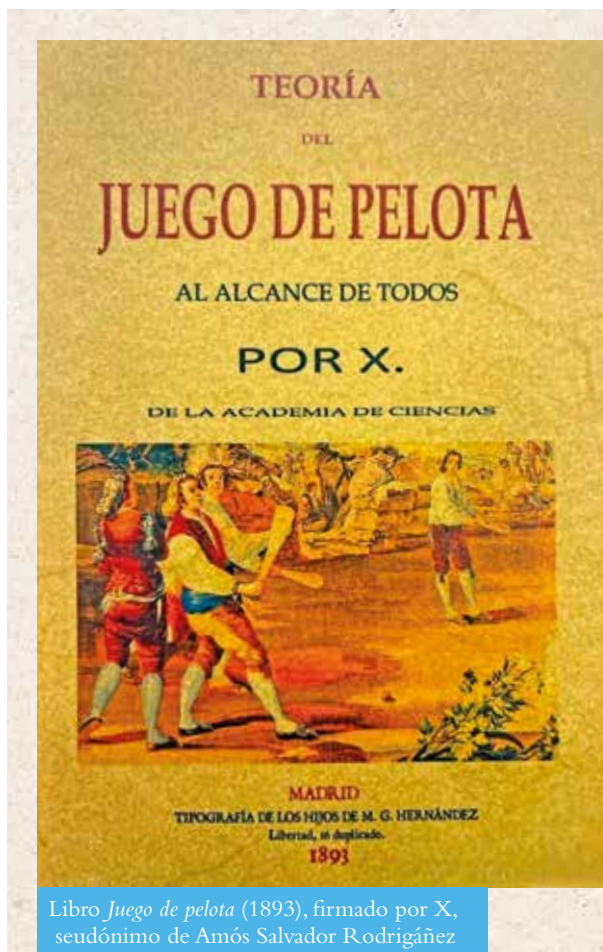
*dineros para ello; antes / vengo a pedirte,
señor... / Pues escucha antes de hablarme.
/ Dos cosas no has de hacer nunca: / no
ofrecer lo que no sabes / que has de cumplir,
ni jugar / más de lo que está delante; /
porque si por accidente / falta, tu opinión
no falte.*

Superada la Revolución francesa (1789), sobrevino el ocaso del juego de la pelota en Europa, donde el *jeu de paume* fue poco a poco sustituido por costumbres más refinadas. En España, sin embargo, tanto en el País Vasco y Navarra, como en La Rioja, Castilla, Valencia o Madrid, el deporte *pelotazale* se convirtió en un modo de vida, en el que los jóvenes y los no tanto, se explayaban con algo tan barato como una tosca pelota y la pared de la iglesia de cualquier pueblo. Todos los domingos en familia, tras el secular rito de la misa y antes de la comida, los más valientes se retaban entre sí o con los de otras localidades.

LA PELOTA EN TIEMPOS MODERNOS

Un logroñés ilustre, y por desgracia no muy valorado, Amós Salvador Rodríguez, plasmó en el *Juego de pelota* (1893) los más nimios detalles del deporte. Tuvo tiempo don Amós de ejercer como ingeniero, parlamentario, ministro, escritor, académico, gran seguidor de La Rioja en Madrid —acordémonos de la llegada de la Tabacalera— o intelectual preocupado por las ciencias, la cultura o el deporte. En este curioso libro especificaba don Amós que “las pelotas se construyen con 82 gramos de goma y una capa de hilo comprendida entre dos cueros de mucha tersura y dureza en la cantidad

En la última década del siglo XIX se asentaron las modalidades más representativas de la pelota, tal y como la conocemos: mano, pala, remonte y cesta-punta.



Libro *Juego de pelota* (1893), firmado por X, seudónimo de Amós Salvador Rodríguez

necesaria para completar el peso de 120 gramos”. Como vemos, un poco más pesadas que en la actualidad.

Los muros eclesiales fueron dejando paso a los frontones, algunos de ellos todavía sin la pared izquierda, hasta el punto de que apenas había localidades que no contaran con uno. Gradualmente, comenzó a institucionalizarse el uniforme que los mejores deportistas lucían en las fiestas patronales o en los envites entre los pueblos: camisa de manga corta y pantalón de un blanco immaculado, fajín azul o colorao, para que no hubiera confusión entre contendientes y aficionados, así como alpargatas, cómodas y ligeras.



Edición ilustrada de la novela *Zalacaín, el aventurero*. Pío Baroja

Nació de la pluma del gran Pío Baroja uno de los capítulos literarios que mejor contextualizan el juego de la pelota, inmortalizado en la novela *Zalacaín, el aventurero* (1908), con la III Guerra Carlista como telón de fondo. Resulta impagable el paralelismo que sabe imprimir Baroja entre el constante conflicto fratricida que sufrió la España del siglo XIX y la rivalidad a la que se enfrentan los cuatro pelotaris, que combaten por algo más que una victoria deportiva. Así lo describe:

“El odio existía. Se manifestó en el juego de pelota. Tenía Martín Zalacaín un rival en un chico navarro, de la Ribera del Ebro, hijo de un carabinero. A este rival le llamaban

el Cacho, porque era zurdo. El Cacho tenía un juego furioso de hombre pequeño e iracundo; el juego de Martín, tranquilo y reposado, era del que está seguro de sí mismo. El Cacho, si comenzaba a ganar, se exaltaba, llevaba el partido al vuelo; en cambio, desanimado, no tiraba una pelota que no fuese falta.

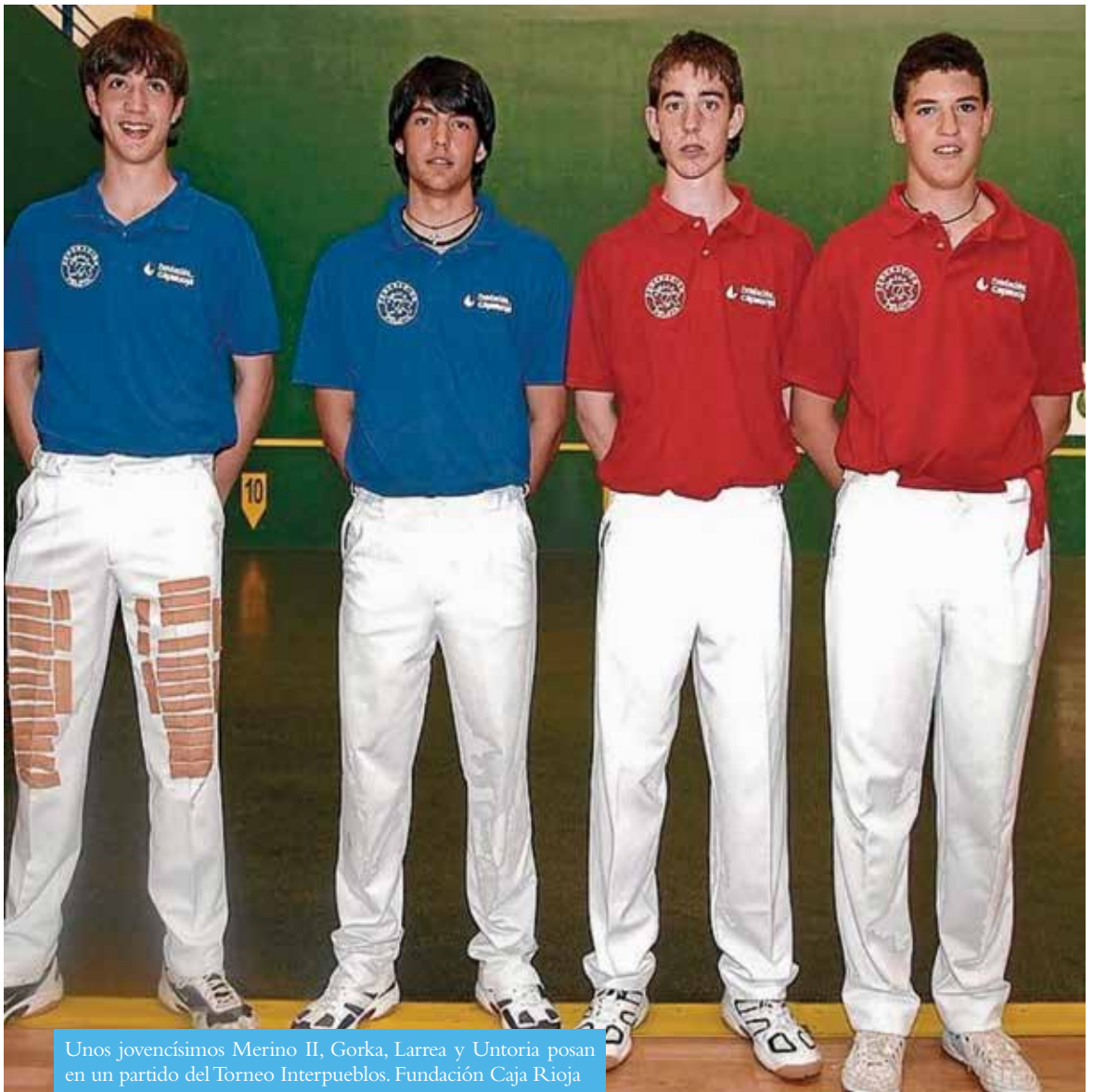
Eran dos tipos, Zalacaín y el Cacho, completamente distintos; el uno, la serenidad y la inteligencia del montañés, el otro, el furor y el brío del ribereño.

Martín eligió zaguero a un muchacho vasco francés que estaba de oficial en la panadería de Archipi y que se llamaba Bautista Urbide. Bautista era delgado, pero fuerte, sereno y muy dueño de sí mismo. Se apostó mucho dinero por ambas partes. Casi todo el elemento popular y liberal estaba por Zalacaín y Urbide; los señoritos, el sacristán y la gente carlista de los caseríos, por el Cacho.

La lucha principal iba a ser entre los dos delanteros, entre Zalacaín y el Cacho. El Cacho ponía de su parte su nerviosidad, su furia, su violencia en echar la pelota baja y arrinconada; Zalacaín se fiaba en su serenidad, en su buena vista y en la fuerza de su brazo, que le permitía coger la pelota y lanzarla a lo lejos. La montaña iba a pelear contra la llanura.

Comenzó el partido en medio de una gran expectación; los primeros juegos fueron llevados a la carrera por el Cacho, que tiraba las pelotas como balas, unas líneas solamente por encima de la raya, de tal modo que era imposible recogerlas. A cada jugada maestra del navarro, los señoritos y los carlistas aplaudían entusiasmados; Zalacaín sonreía, y Bautista le miraba con cierto mal disimulado pánico. Iban cuatro juegos por nada, y ya parecía el triunfo del navarro casi seguro cuando la suerte cambió y comenzaron a ganar Zalacaín y su compañero.

Al principio, el Cacho se defendía bien y remataba el juego con golpes furiosos, pero luego, como si hubiese perdido el tono, comenzó a hacer faltas con una frecuencia lamentable y el partido se igualó. Desde entonces se vio que el Cacho e Isquiña perdían el juego. Estaban desmoralizados. El Cacho se tiraba contra la pelota con ira, hacía una falta y se indignaba; pegaba con la cesta en la tierra enfurecido y echaba la culpa de todo a su zaguero.



Unos jovencísimos Merino II, Gorka, Larrea y Untoria posan en un partido del Torneo Interpueblos. Fundación Caja Rioja

Zalacaín y el vasco francés, dueños de la situación, guardaban una serenidad completa, corrían elásticamente y reían.

—Ahí, Bautista —decía Zalacaín—. ¡Bien!

— Corre, Martín —gritaba Bautista—. ¡Eso es!

El juego terminó con el triunfo completo de Zalacaín y de Urbide.

—¡Viva gutarrak! (¡Vivan los nuestros!) —gritaron los carlistas aplaudiendo torpemente.

El desafío pelotazale, que en sus dos vertientes relata el escritor donostiarra, uno de los ilustres exponentes de la Generación del 98, no deja de ser un prodigio de la prosa más asequible y, al tiempo, una intrincada parábola de las dos Españas, que hunde sus raíces en los albores del siglo XIX.

Regresando al presente, la evolución del mundo de la pelota y el devenir de las señas de identidad de La Rioja han corrido en paralelo a lo largo de los últimos siglos, armonía, tradición y orgullo que bien quedan reflejados en el Torneo Fundación Caja Rioja, espejo en el que continúan mirándose cien-



tos de niños y de jóvenes. Ellos son y serán garantía de futuro de la pelota, no solo ya como deporte sino, también, como acervo de un patrimonio indeleblemente amalgamado a esta tierra, tan pequeña en superficie como tan enorme en valores y en concordia y fraternidad.

MEDIO SIGLO DE HISTORIA VIVA

Con motivo del 50 Aniversario del Torneo Fundación Caja Rioja, se ha desarrollado un programa de actos muy amplio y variado, que arrancó el 8 de marzo con el inicio de la competición que cumple medio siglo y que finalizó en junio. En paralelo, el 30 de abril Álvaro Untoria disertó sobre “La didáctica de la pelota”, en una actividad dirigida a profe-

sores de Educación Física, alumnado de Magisterio y abierta al público en general. El 14 de mayo se celebró una interesante mesa redonda que bajo el título “Interpueblos, Interescuelas, Torneo de Pelota. Un recorrido por estos 50 años”, tuvo como escenario el Centro Fundación Caja Rioja Gran Vía. Finalmente, el día 22 de mayo Riojaforum acogió un emotivo acto de homenaje al medio siglo del Torneo de Pelota Fundación Caja Rioja, así como a las personas que han participado en el mismo. En la gala, además de los reconocimientos, los asistentes pudieron disfrutar de imperdibles documentos gráficos y audiovisuales, así como de otras propuestas deportivas y culturales. Todo un acontecimiento en torno al juego riojano por excelencia: la pelota.

